
 Vicente Quirarte

LA CIUDAD

A Mario Jursich

I

El día se rehace,
 con su azul paulatino, en la ventana,
 y una ciudad que no es la tuya
 se despierta,
 fruto de la paciencia de unos pinceles chinos
 que dicen esto es la niebla; esto, montaña.
 Abandonas la cama
 y te lavas el cuerpo, largamente,
 bajo el chorro del agua
 que te bautiza diario.

Sales a la calle
 y eres parte del ruido,
 la voz en el desierto.
 En otra ciudad, la tuya,
 tampoco te conocen:
 posees algunos sitios
 donde el café celebra
 nupcias con solitarios y suicidas;
 eres algunas calles
 que renacen al ritmo de tus pasos.
(Tengo un perro y algunas cosas mías).
 Camina esta ciudad
 que, sin ser la tuya, te ha hecho suyo.
 Vuelve más tarde a tu hotel pasajero
 con tu mano que extraña
 el peso de la llave
 como un secreto garfio
 que lo reinventa todo.

Aquí está la ciudad
 con su coro de azul en retirada
 y parvadas que llegan,
 como niñas de escuela, bulliciosas,
para que el árbol cante.

II

A Darío Jaramillo

Ese hombre está solo.
 Entra en el vestíbulo
 del edificio a oscuras.
 Domingo es el nombre de la muerte.
 Saluda al soldado solo
 que hace guardia en la entrada.
 Entra a comprar cigarros en la farmacia
 refugio de otros solitarios.
 Uno hojea revistas de mujeres desnudas
 y elige a la diosa de papel
 que habrá de acompañarlo
 a su cuarto de solo.
 Otro mira el alcohol embotellado
 y repasa los nombres del Demonio.
Cuando regreses, Johnnie Walker te estará esperando.
 Afuera y adentro hace Domingo.
 Larga losa su tiempo. Sopor sin brisa su transcurso.



Y esta es tu ciudad.
 Te conocen sus calles.
 Como este hotel, tu perro,
 ya te husmean.
 Te conoce la cama en el naufragio
 o las velas del solo que, mortaja o esquife,
 le preparan los sueños.
 Y cuando todo es tuyo,
 es tiempo de dejarlo,
 de llevarse la casa en la maleta
 y partir con la música a otra parte.
 Y esto se parece, extrañamente, al amor.
 A su tren de arrancones imprevistos
 y *corridas continuas al pavor del desierto.*

Ese hombre está solo.
 Escribe en los muros y en el alma,
 obliga a su mesa a que revele
 la intimidad de su materia.
 Ha cerrado las puertas a la dicha.
 Pero a la dicha aquella del afuera,
 pero a la dicha triste de los solos
 que se creen aliviados
 porque gritan con otros solitarios.
 Libra un combate a muerte.
 Le sudan las manos
 como el primer día de clases
 o el instante mortal del encuentro amoroso,
 cuando todo queremos,
 cuando nada podemos.
 De adolescente torpe
 que todo lo deseaba
 y en el aire abrazaba
 figuras hecha de nubes y de humo.

Qué pesado el naufragio hacia uno mismo.
 Qué latoso el camino.
 Ulises ni tan criollo, te golpeaban
 penas que ya no son.

Cómo las has querido, a las sirenas.
 Cómo las recorriste,
 mapas, estelas, rutas, nombres, nombres.
 La inocencia salvaje de María.
 El cabello profundo de Cecilia.
 Los muslos bien duros de Rosario.
 Y Nereida, sirena aragonesa
 que te cambió por el vestido blanco.
 Y el laberinto atroz de Elia,
 sus transparencias todas, sus violencias
 en el primer hotel que exploraste.
 Y sus largas piernas que explorabas
 en el jardín a oscuras
 mientras al fondo ardía
 la luz de un dispensario.
 María Elena y el trapecio de la carne,
 solo, desvelado, mono atónito
 en la calma engañosa de un trapecio.
 Y Gabriela y los pechos duros, grandes,
 en medio de la neblina de la Colonia del Valle.
 Y Natalia —que en verdad se llamaba Marina—
 bajo la lluvia en el Convento del Carmen.
 Y Lucía en la tierra de todas las batallas,
 sus ojos alucinados de otro sulfato
 y los pechos que nunca has olvidado.

